

Juan Bas

# Tratado sobre la resaca

ALBERDANIA



## **G9.- FILANTRÓPICA**

La historia favorita de un resacoso filantrópico es la anécdota que contaba Kafka a Max Brod, sucedida durante su infancia en Praga.

Parece ser que el pequeño Franz veía desde su casa a un mendigo que pedía limosna a la puerta de la cercana iglesia. A Kafka le daba mucha pena y decidió darle toda su asignación semanal, que acababa de recibir. Pero le hacía sentir vergüenza dársela toda de una vez, le parecía un pecado de prepotencia o de jactancia. Así que consiguió cambiar la paga en la más menuda calderilla y al pasar por delante del mendigo le echó una monedita. Dio la vuelta a la iglesia y al volver a pasar le dio otra. Y así sucesivamente; hasta que el mendigo, a la sexta o séptima vuelta, agobiado, se levantó y se marchó de allí.

Lo habitual es lo contrario: que la resaca te convierta en un misántropo que no se aguanta ni a sí mismo, es lo consecuente con su naturaleza que demanda cuarentena y retiro. «No tener el coño para ruidos», que dice la sabiduría popular.

Sin embargo, hay algunas personas a las que la resaca les altera la relación con el mundo y sus gentes, les despierta sentimientos de filantropía y les lleva a realizar

actos de generosidad de los que suelen arrepentirse pasado el clavo.

Extraños casos en los que la resaca convierte a personas con un grado de ruindad y mezquindad corriente en filántropos desprendidos que incluso llegan al despilfarro.

Una especie de síndrome de san Martín de Tours, aquél que cortó en dos su capa con la espada para compartirla con un pobre aterido de frío.

Mi amigo el señor Azul Cielo me contó que durante unas vacaciones con su mujer en Punta Cana, República Dominicana, padeció las consecuencias de una resaca filantrópica que también podría clasificarse como **enajenada**.

A pesar de estar en el Caribe se levantó una de las mañanas con una resaca de whisky bastante severa. No se sintió con ánimo de soportar el sol en la playa del hotel, donde se quedó su mujer, y decidió irse en un coche de alquiler a visitar la cercana población de Igüey.

Enseguida comprobó que había poco que ver y que aquello no era más que un villorrio miserable. Pero le sorprendió que en un pueblo pobre como Igüey hubiese una enorme iglesia, Santa María, muy hortera por cierto. Con ese gusto por lo *kitsch* que se tiene con resaca, se acercó a visitarla.

Y allí le sucedió. En la entrada de la descomunal iglesia había unos veinte desheredados entre mendigos tullidos y niños con la mano extendida. Aquella corte de los milagros atosigándole —apenas había más turistas por allí— le

produjo una enorme congoja, empezó a llorar, probablemente ayudado por el par de litros de cerveza Presidente que había abrevado en dos o tres cantinas, y a repartir todos los pesos y los dólares que llevaba en la cartera. No conforme con esto, le dio la cámara de fotos —detalle surrealista— a un ciego que le recordó al de *Viridiana* y después se llevó a todos a un restaurante del pueblo y les invitó a langostas a la plancha con tostones —plátanos— fritos. Pagó con la Visa oro y encima le cobraron el doble que a cualquier lugareño.

Volvió al hotel en la guagua de línea vestido sólo con los pantalones cortos porque regaló el coche de alquiler y hasta la camisa.

El coche, un caro Honda japonés, apareció al cabo de dos días en la frontera con Haití, pero sin motor ni ruedas ni asientos ni puertas. En la República Dominicana los coches son muy caros y la gente los monta por piezas.

La resaca filantrópica le costó al señor Azul Cielo quedarse dos años sin vacaciones y la separación de su mujer, que esperaba desde hacía tiempo la gota que colmara el vaso.

Otro curioso caso de resacoso filantrópico, menos radical pero más periódico que el de Azul Cielo, es el del capitán de barco jubilado Azul Marino, que vive solo —le abandonó su mujer— en su pueblo, Mundaka, el más hermoso de la costa vizcaína.

El capitán Azul Marino tiene algo de su colega Haddock: es borrachín, irascible y no suele padecer resacas. Por otra

parte, en sus días *normales* es un tacaño modélico que prefiere mantenerse alejado de todos en los numerosos bares de Mundaka para no tener que pagar un vino a nadie.

Pero cuando el capitán Azul Marino tiene comida en el casino y luego partida de mus, acaba por agarrarla cuadrada. Esto sucede un par de veces al mes, cuando vienen a visitarle sus amigos de verdad, tres bermeanos que navegaron con él.

Antes de comer se toman una docenita de blancos, con la comida botella de tinto reserva por barba y un par copas de *armagnac*. Y durante la partida tres o cuatro *gin tonic*. El capitán Azul Marino y su pareja suelen ganar y para su alivio por lo menos le salen los combinados gratis.

Y por la noche, en taxi a Gernika para ir de putas. Donde cae alguna botella más de tinto picando algo y otros dos o tres *gin tonic* en el puticlub, donde, entre la carga que llevan acumulada de todo el día y que entre los cuatro suman más años que san Pedro, no creo que levanten más que la voz.

A la mañana siguiente el capitán Azul Marino sí se despierta con resaca. Y el tipo agarrado y con mal humor que es habitualmente se convierte en una malva y un tío simpático que paga más de una ronda a todos los que están en el bar de turno, los conozca o no. Luego invitará a un par de paisanos con los que normalmente casi ni se saluda a comer unos percebes y una chuletita donde Viriato, en el puerto, pero no antes de mandar un generoso giro

telegráfico a sus dos nietos, que viven en Vitoria y a los que no regala nunca nada ni el día de Reyes.

La jornada de reflexión la pasa en casa, sin salir para nada, enfadado consigo mismo y con el mundo.

## **G10.- CONSUMISTA**

Suele producirla la pretérita ingestión de nobles alcoholes de alta calidad. Por ejemplo, mi amigo el señor Amarillo, ex censor de cuentas y rentista, se despierta con esta clase de resaca después de haber bebido champán francés, algún tinto gran reserva, excelente *armagnac* y/o whisky de malta no inferior a quince años.

Es por tanto la consumista un tipo de resaca peligrosa para el bolsillo, como la **filantrópica**, pero ésta ya desde su causa.

Se caracteriza por tener ganas de comprar cosas diversas, según el carácter específico de cada resacoso.

Más que unas ganas compulsivas de comprar, lo que sucede es que resulta muy entretenido hacerlo y se pasa muy bien la mañana de clavo dedicado a esta cara labor.

Naturalmente, apetece comprar en lugares agradables y apacibles. Ir a unos grandes almacenes el día que comienzan las rebajas, a una subasta de pescado o a la bolsa de valores no es aconsejable por evidentes razones.

Una de las resacas consumistas más clásicas empalma y comparte naturaleza con la **gulosa-gastronómica**; es la de ir a un bien pertrechado y escogido colmado a comprar mariconadillas buenísimas y *delicatessen* carísimas.

Al citado amigo Amarillo le da por ir al maravilloso supermercado de El Corte Inglés. El tipo de alimentos se los marca la resaca: gazpacho, ajo blanco, chuletas de Sajonia cocidas, pechuga de pollo ahumada, jamón de cerdo ibérico alimentado con bellotas, jamón de Praga, *foie*, salmón salvaje ahumado, boquerones escogidos, perdiz en escabeche, los espárragos más gordos que haya —«más que la picha de John Holmes», según dice textualmente, ya que es un poco maricón—, corazones de alcachofas de Tudela, mostaza de Dijon, mayonesa de aceite de oliva, pesto, encurtidos, vinagre de Módena, la botellita de aceite extra virgen más cara y un largo etcétera.

Lo único que le jode un poco al señor Amarillo del pasatiempo es empujar el carro, que acaba lleno hasta los topes, y por supuesto el paso por la caja, donde la longitud de la cuenta y la monstruosa cifra final espetada por la voz despiadadamente neutra de la cajera le producen siempre un acceso de sudor frío, un empeoramiento de la resaca y la misma frase mental: «No es posible».

Además, como no carga más que con las cuatro chorradas de consumo impostergable y el resto se lo mandan a casa al día siguiente, sale de allí con una desasosegante sensación de manos vacías.

Pero por lo menos la consumista de supermercado es una resaca más o menos útil y te acabas por jamar lo que compras.

La más terrible variante es cuando a uno le da por ir a comprar ropa. La resaca altera todos los sentidos y de un



modo muy especial el del gusto. El hortera que todos llevamos dentro ocupa el puente de mando y tripula la nave.

Todavía recuerdo con espanto y oprobio la compra de unos mocasines náuticos color amarillo canario y una camisa hawaiana que nunca ha visto la luz fuera del armario.

Para evitar males mayores, una mañana de resaca consumista es conveniente mantenerse muy lejos de joyerías, relojerías, tiendas de electrodomésticos y galerías de arte minimalista.

También de cualquier tipo de subasta, no sólo de pescado.

El señor Amarillo pujó victoriosamente en una sala de subastas de Barcelona por los ciento un dálmatas de Lladró; los tiene en el alféizar de una ventana con la esperanza de que se los lleve el viento.

Aunque bien es verdad que con las suficientes ganas y voluntad se puede uno labrar la ruina en cualquier lugar.

Después de una de sus incursiones al supermercado de El Corte Inglés, cargado con doce colas de langosta congelada y diez kilos de kraken que estaba de oferta, el señor Amarillo, todavía con los ciento un dálmatas de Lladró a flor de piel —cualquier tipo de resaca favorece la amnesia de la anterior—, se metió como atraído por un imán a una tienda de soldaditos de plomo que a ambos nos pierde. Salió de allí con una buena parte de los cien mil hijos de san Luis, una división acorazada Panzer y el límite

de la tarjeta de crédito excedido. Para colmo, la notable cantidad de amoníaco que supuraba la carne del kraken le comió la pintura de la mitad de los soldaditos.

Y nunca olvidaré aquella resaca de 1986 en la que entré a una librería, firmé un montón de letras de cambio y al cabo de un par de días me trajeron a casa la enciclopedia británica completa con todos sus anuarios desde la guerra de Crimea.

Dieciséis años después, aún la estoy pagando y sigo sin saber inglés.

## **G11.- INVISIBLE**

No confundirla con la inexistente.

La inexistente se da cuando te has pasado una temporada convirtiendo las jornadas de reflexión e incluso algunas de resaca —ver **prólogo**— en días de nueva trompa. Llevas tal cadena de clavos casi encadenados que la mañana que has conseguido romper un eslabón y te despiertas sin resaca, no te das cuenta por la fuerza de la costumbre. Durante un buen rato crees que vuelves a tener el familiar cebollón, incluso lo sientes y te comportas en consonancia hasta que te percatas del error, cosa que da sana alegría y sensación como de renacer.

Como en realidad la inexistente pues eso, no existe, no le adjudico una categoría propia.

La resaca invisible es tan sutil que crees que no la sufres. Pero ésta sí existe, vaya que si existe. La tienes dentro, en lo más hondo, bien camuflada, como la cría del Alien.

Se da cuando en las libaciones te has quedado al límite, en la frontera del trago número «X», el que te cuesta impepinablemente una resaca. Pero aunque has bebido sin cruzar la raya, el alcohol te ha pillado esa noche con las defensas más bajas o has metabolizado peor, el caso es que esa cantidad te ha afectado más que de costumbre.